



CENTRO BÍBLICO PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA del CELAM
Un apoyo para hacer la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
Trigésimo tercero del Tiempo Ordinario (B) – 19 de Noviembre de 2006

La última palabra en la historia la tiene Dios

Lectio de Marcos 13,24-32

*“Que nadie piense que puede someter a plazos de tiempo
a Aquél que tiene el libre dominio de los ritmos y de los tiempos”*
(San Efrén)



“Él está cerca, a las puertas”

Introducción

Estamos a punto de llegar al final del año litúrgico en el cual el evangelista Marcos, y en algunos casos también el evangelista Juan, nos ha dado la pauta para que le demos un nuevo impulso a nuestro camino de seguimiento de Jesús. El evangelista que nos ha insistido permanentemente en el “estar” con el Señor, nos coloca frente al futuro de nuestra comunión con el Maestro Jesús.

1. El texto y su contexto

1.1. Leamos Marcos 13,24-32

[En Jerusalén, Jesús dijo en privado a unos discípulos suyos:]

²⁴*Mas por esos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor,*

²⁵*las estrellas irán cayendo del cielo, y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas.*

²⁶*Y entonces verán al Hijo del hombre que viene entre nubes con gran poder y gloria;*

²⁷*entonces enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.*

²⁸*De la higuera aprended esta parábola: cuando ya sus ramas están tiernas y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.*

²⁹*Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, sabed que El está cerca, a las puertas.*

³⁰*Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda.*

³¹*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.*

³²*Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre”.*

1.2. Ubiquemos el texto

Nos situamos en el capítulo 13 de Marcos, que es conocido como el del “discurso escatológico” (o acerca del “fin”). Éste parte del anuncio que Jesús hace de la destrucción del majestuoso templo de Jerusalén (13,1-2). Los discípulos le preguntan cuándo sucederá esto (13,3-4). Y entonces Jesús comienza la enseñanza a los cuatro discípulos que llamó el primer día, aunque no debemos perder de vista que también se dirige a todos (“a todos lo digo”, v.37).

En la enseñanza Jesús va más allá del hecho de la destrucción del templo. Va extendiéndose gradualmente hasta contemplar globalmente el futuro del mundo y de la historia. De manera didáctica, su exposición va alternando las referencias –siempre en grandes líneas– sobre lo que el futuro le traerá a los discípulos y el comportamiento que ellos deben adoptar. A lo largo de su enseñanza, Jesús tiene siempre en vista a sus discípulos.

Leyendo despacio el capítulo 13, vemos cómo Jesús va exponiendo gradualmente lo que le sucederá de manera general al mundo (13,1-8), luego –de manera particular- a sus discípulos (13,9-13), enseguida a Jerusalén (13,14-20) y, finalmente, señala cómo se concluirá la historia del mundo (13,24-27).

Precisamente la última parte (13,24-27) es la que profundizamos hoy, completada –como es propio de la didáctica de este evangelio- con el comportamiento que se espera que los discípulos tengan frente a los hechos señalados (13,28-32).

2. Algunos puntos destacados del pasaje

2.1. Jesús y la culminación de la historia (13,24-27)

De cara al fin de la historia, Jesús plantea (a) qué es lo relativo e inconsistente dentro de ella (13,24-25) y (b) qué es lo que verdaderamente permanece sólido e incontestable (13,26-27). Así, el fin de la historia del mundo está relacionado con la remoción de todo lo que hasta el momento ha estado fijo y con la venida del Hijo del hombre.

2.1. La remoción de lo que parece sólido e incontestable (13,24-25)

Jesús dice: “*las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas*”. Lo que la cosmología hebrea llama “firmamento”, la cúpula celestial que el creador ha “martillado” con sus propias manos y sobre el cual estableció un orden incontestable que ha regido la historia del hombre, se da un cambio radical.

Todo lo que parecía fijo, llega a su fin: el sol y la luna, además de dar luz (de día y de noche, respectivamente), hacen posible la medida del tiempo gracias a su curso regular; las estrellas, inmutablemente ordenadas las unas con las otras, símbolo de orden y de estabilidad en el universo.

Cuando estos elementos del cosmos son removidos del escenario, el hombre se siente perdido (¿Qué hora, qué día es? ¿Cómo andar en el desierto o navegar en el mar, sin estos puntos de referencia?, etc.).

Es así como la remoción de todos estos símbolos de la estabilidad y del orden humano significa las realidades que caracterizan la historia en el presente no tienen consistencia eterna.

2.2. La última palabra sobre la historia humana y sobre todos los acontecimientos es la venida del Hijo del hombre en la gloria de Dios (13,26-27)

“*Entonces verán al Hijo del hombre...*” (13,26). Aquél asumió en su propio cuerpo los sufrimientos y las adversidades de la historia humana, el mismo que después de su resurrección se le apareció a los discípulos que había “elegido”, se manifestará finalmente, ante los ojos del mundo entero en su verdadera dignidad.

Este es el fin de la historia humana: **la manifestación del Señorío de Jesús**, el que venció el mal y lleva hasta el culmen su victoria en el sometimiento definitivo de todo lo que se opone a vida. Sabemos entonces que, en esta historia donde hay tanto dolor y muerte, tantos absurdos provocados por el mismo hombre, el final no será una catástrofe sino el triunfo de la vida.

“Entonces... reunirá a sus elegidos” (13,27). Es verdad que los discípulos en el mundo sufren mucho por ser profetas ante las estructuras de injusticia, son perseguidos y maltratados, pero también es verdad que Jesús es fiel con los que lo siguen. Por eso la vida terrena de los discípulos no puede terminar de cualquier manera: su Señor los busca en todo lugar en que se encuentren y los reúne. La comunión de vida con Jesús puede costarle a los discípulos una muerte algunas veces cruenta, pero precisamente esta muerte los lleva la vida eterna con Jesús.

2.3. La paciencia histórica de los discípulos: fuerza de esperanza (13,28-32)

Pero este mundo no es el jardín de paz que todos quisiéramos: hay guerras, hambre, desempleo, discriminación social, racial y sexual, marginación, abusos de poder, etc. Por eso ante la realidad presente los discípulos pueden caer en dos tentaciones: el aislamiento del mundo o la de la desesperación. De ahí que Jesús les proponga:

(1) **Aprender la lección de la higuera** (13,28-29). La imagen de la higuera, que con sus tiernas hojas que renacen después del crudo invierno, anuncia la llegada del verano, así el discípulo debe estar seguro de la pronta intervención de Dios y alimentar su esperanza a partir de los pequeños signos de bondad y de trabajo sincero por la vida que pululan escondidos por todo el mundo. ¡El mundo nuevo ha comenzado!

(2) **Confiar firmemente en su Palabra** (13,30-31). Los que tienen las riendas del mundo pronuncian sus palabras y estas determinan el curso de la historia, pero estas palabras son relativas, no tienen consistencia final ante la Palabra de Dios (“que no pasará”) sobre el mundo (“que pasará”). La última palabra la tiene Dios en la venida del Hijo del hombre y esa palabra es la que determina en última instancia la vida del discípulo.

(3) **No hacer cábalas sobre el fin del mundo** (13,32). Todos los cálculos que frecuentemente escuchamos sobre el día en que se va a acabar el mundo son pura fantasía humana. Sólo Dios Padre lo sabe. No hay que perder tiempo en lo que no podemos saber, sino más bien invertir todas las energías en lo que sí sabemos: orientar la historia toda hacia la finalidad para la cual fue creada.

En fin, lo que Jesús le ha enseñado a sus discípulos durante su vida terrena deben ponerlo en práctica ahora, en el presente histórico. Pero una cosa es cierta: ¡el final, o mejor, la “finalidad” del discipulado es la plena comunión con el Señor glorioso!

3. Releamos el texto con un Padre de la Iglesia

“Nadie conoce esa hora: ni los ángeles, ni siquiera el Hijo’. Jesús dijo esto para impedir que los discípulos siguieran preguntándole acerca del tiempo de su venida. ‘No os compete a vosotros –dice- conocer los tiempos y los momentos’ (Hech 1,7). Él escondió esto para que fuéramos vigilantes y cada cual considerara que el hecho puede ocurrir en propios días.

En efecto, si hubiera sido revelado el tiempo de su venida, su adviento perdería interés y no motivaría la expectativa de las naciones y de los siglos. Por eso, se limitó a decir que vendría, pero no determinó el tiempo, y así, he aquí que en todas las generaciones y siglos se mantiene viva la esperanza de su llegada. De hecho, a pesar de que el Señor indicó los signos de su venida, todavía no se prevé su último plazo, porque a través de sus múltiples mutaciones, ellas ya se verificaron, pasaron y continúan verificándose.

En verdad, su última venida es semejante a la primera. Tal como lo esperaban los justos y profetas, porque pensaban que él se revelaría en sus días, así también los fieles desean acogerlo, cada cual en su tiempo, precisamente porque Él no indicó con claridad el día de su visita. Y esto es sobre todo para que nadie piense que ha sometido a plazos de tiempo a Aquél que tiene el libre dominio de los ritmos y de los tiempos”.

(San Efrén, Diatesaron 18,15-18)

4. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:

4.1. ¿Cómo veo el futuro del mundo? (Mucha gente comienza diciendo: “a juzgar por el presente...”) ¿Cómo analiza un discípulo de Jesús esta historia del mundo que muchos llaman “valle de lágrimas”?

4.2. Según el evangelio de hoy, ¿Todo las estructuras de injusticia que vemos hoy, será permanentes?

4.3. ¿Qué implicaciones tiene la venida del Señor para mi comportamiento en el presente?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM

Anexo 1

Una aproximación a las otras lecturas del Domingo

Sumario: Con el año litúrgico que termina, la Iglesia nos propone textos que hablan del fin del mundo. En un discurso de tipo apocalíptico, Jesús anuncia la venida del Hijo del hombre al final de la historia. En el mismo estilo, el libro de Daniel anuncia una esperanza inmensa: la muerte no tiene la última palabra, Dios puede despertar a quienes duermen en el polvo de la tierra. El signo por excelencia Dios nos lo da exaltando a su Hijo Jesús. Él permanece para siempre a la derecha de Dios, dice la carta a los Hebreos. “A tu derecha, delicias por siempre”, dice el Salmo.

Primera lectura: Daniel 12,1-3

Compuesto en el siglo II antes de Cristo, este texto de Daniel marca una etapa decisiva en la revelación. El pueblo de Israel vive su relación con Dios en el marco de una vida terrena que termina ineluctablemente con la muerte del individuo. Después de la muerte, todo el mundo va al “sheol” para un reposo eterno.

Dios aparece desinteresado de lo que ocurre en este lugar de los muertos. Él es únicamente el Dios de los vivos. Dios recompensa y castiga sobre la tierra, pero no en el más allá.

Algunos textos también hablan de la inmortalidad. Ésta es colectiva, se trata de una inmortalidad del pueblo y no del individuo.

En siglo II aC, surgió una crisis grave: un rey griego que reinó sobre Jerusalén quiso paganizar su reino y especialmente la ciudad santa. Revienta una revuelta provocada por judíos piadosos que combaten por la defensa de la causa de Dios. Pero resultan muertos. ¿Qué sucede con estos mártires? ¿Dios los abandonará? ¿Dónde está su justicia? Pues bien, es en este contexto que surge una nueva idea de la resurrección y de ello habla el libro de Daniel. Dios puede despertar de la muerte en función de una vida eterna.

Del texto de hoy se pueden hacer dos lecturas. Se puede entender que habrá una resurrección general seguida de un juicio. Unos obtendrán la vida eterna y los otros irán al infierno, lugar de condenación. Se puede comprender igualmente que el texto apunta solamente a la resurrección de los justos, quienes entrarán en la vida eterna. Otros, para horror suyo, volverán al sueño eterno. Esta segunda lectura parece preferible en este texto.

Un lugar de honor será reservado para los sabios y maestros de justicia, es decir, para los responsables religiosos del pueblo. Dios autenticará su enseñanza, los llevará consigo como astros que brillan en la noche.

Salmo 16

Las expresiones “mi porción... mi copa... mi suerte”, indican el origen sacerdotal de este Salmo. La tribu de Leví, que estaba al servicio del Templo y no tenía tierra propia, no

queda decepcionada, su lugar de reposo es el Señor y por eso en él se abandona completamente.

Dios secunda al orante en todas las dificultades de la vida y lo protege del peligro. El Señor impedirá que muera de una muerte prematura. Pero hay que poner cuidado: la idea de resurrección no está presente en este texto.

El Salmo es retomado en el Nuevo Testamento desde una óptica cristiana. Pedro lo cita en su discurso de Pentecostés (Hechos 2,25-28). A la luz de la pascua y puesto en boca de Jesús, el texto arroja una nueva luz: Jesús no conoció la corrupción de la tumba sino que nos abrió el camino de la vida.

Segunda lectura: Hebreos 10,13-14.18

Continúa la confrontación entre el sacerdocio del Antiguo Testamento y el de Jesús: el primero era hereditario y exclusivo de los miembros de la tribu de Leví, mientras que el segundo depende de una vocación: Los sacerdotes del Antiguo Testamento repetían incesantemente los mismos sacrificios y las mismas fiestas, eran impotentes para obtener la salvación perfecta y definitiva, mientras que el sacrificio de Jesús es perfecto y definitivo, obteniendo de una vez por todas la salvación de la humanidad.

La expresión “se sentó para siempre a la derecha de Dios” (ver el Salmo 110, mesiánico-sacerdotal) subraya que el sacerdocio de Jesús y su entronización son únicos (“de una vez por todas”) y definitivos. Su obra sacerdotal es perfecta y no necesita de complementos.

(J. S. – F. O.)

Anexo 2

Para los animadores de la Liturgia

I

En las celebraciones tengamos presente éste énfasis: En lo cotidiano de nuestras vidas, Dios siempre está presente. Porque él es el Señor del tiempo y de la historia, nada se le escapa; y porque es amor y ternura, todo es testimonio de su bondad. ¡Nos corresponde vivir esta esperanza!

II

Para los lectores:

Tanto la primera como la segunda lectura no son difíciles. Con todo, hay que ponerle atención a la articulación de las palabras. Para esto, en los ejercicios preparatorios, uno puede exagerar las consonantes. Atención con algunas palabras como: vergüenza y horror, resplandecerán, escabel...

(V. P.)

Anexo 3

Una palabrita para meditar y orar

La higuera (Mc 13,24-32)

La higuera que brota
anuncia el verano;
 prepárense
 para acoger
 al Resucitado!

Él nos trae
un regalo precioso,
 la salvación;
 el Espíritu abre el corazón
 a este absoluto.

(Frank Widro)